

que aunque con el tiempo desaparecen, son el manantial de las generaciones. Así se ha establecido, se ha conservado y conservará el mundo por medio de la vida y de la muerte: nosotros hollamos los huesos de nuestros padres, y del mismo modo pisarán nuestros hijos nuestras insensibles cenizas!

DIA TREINTA Y UNO.

El señor Arleville tuvo que ir de nuevo á Paris por algunos dias, á negocios de importancia y decidió llevarse á la mayor parte de la familia.—Una mañana llevó á los cinco muchachos al admirable Instituto de Sordo-mudos de nacimiento, dirigido por el célebre abate Sicard! siendo su intento enternecer sus corazones, poniéndoles á la vista á otros seres de su edad, maltratados por la naturaleza. El abate Sicard, que por su natural afabilidad no deseaba mas que complacer á los buenos padres de familia, recibió á Arleville con las expresiones mas afectuosas, y llamando á todos sus discípulos, los presentó al padre y á los hijos, que nunca habian visto un espectáculo semejante. Eran los sordo-mudos de diferentes edades; y aquel vivo interés con que se reunen siempre unos muchachos con otros, apenas dejaba tiempo á los hi-

jos del señor Arleville para respirar. Contemplaban absortos á aquellos infelices; levantaban los ojos al cielo, suspiraban y prorumpian en bien sentidas exclamaciones:—¡Oh Dios mio! qué estado tan deplorable!... desventurados! y se les veía con los ojos bañados en lágrimas.—Es posible, decía Enrique, que la naturaleza, siendo como es madre y no madrastra, prive á estos infelices de dos sentidos tan útiles, como el oído y la palabra! Cuánto me compadezco de ellos.—Y yo! añadió Teodoro: la naturaleza los ha separado del resto de la sociedad, y les ha dicho: “Vosotros sereis un término medio entre la especie salvaje y la civilizada.—Sin embargo, observó Cipriano, se asegura que aquí les enseñan á leer y escribir y ya no son tan desgraciados como tú los pintas.—No son tan desgraciados? replicó Evaristo, y por eso dejarán de verse privados de nuestras amenas conversaciones, y sobre todo, del dulce influjo de la música tan poderoso en nuestras almas? Una voz agradada, un instrumento sonoro, un armonioso concierto... todo es extraño para ellos; y dices que no son tan desgraciados?—Hablad mas bajo, dijo Alejandro, y no entristezcais á estos pobrecitos!—Por ventura nos oyen? replicó Cipriano: ni aunque disparasen un cañonazo.—Es verdad, repuso el señor Arleville, mas por el movimiento de vuestros lábios, por la con-

traccion de la boca y por vuestros gestos, pueden venir en conocimiento de que hablais de ellos, compadeciéndoos de su triste destino; y la compasion, hijos míos, nunca deja de afligir al desgraciado. No advertís cómo os miran, y como procuran adivinar en vuestros ojos lo que estais hablando? No observais ese aspecto agitado de la curiosidad?—Pero padre, dijo Cipriano, será posible que se desazonen porque haya quien los mire con interés y compasion?—Cierto que no; mas esto les recuerda su desgracia, y al mismo tiempo se multiplican sus dolorosos pensamientos.—Ellos podran pensar, añadió Enrique; pero serán sus ideas tan claras y tan bien combinadas como las nuestras?—Lo mismo, hijo mio: son hombres, con una alma, con un corazon y una inteligencia semejantes á las de los demas. Y comprenden lo que ven, oyen con el entendimiento, si me es permitido explicarme en estos términos, y aunque no pronuncian las palabras, porque no tienen conocimiento de ellas, ni pueden hacer uso del sonido y de la articulacion, con todo, las ideas se fijan en su cerebro, y no dejan de ser conformes con las nuestras. La palabra que leen ó la que escriben no es para ellos otra cosa que un signo de dibujo; pero hace sobre su entendimiento el mismo efecto que produciria en nosotros una lámina en la cual distinguimos fácilmente los

hombres, los vestidos, un árbol, un río, etc. De esta manera, y haciéndoles comparar las palabras escritas con los objetos que significan, perciben ó trasladan al papel los mismos signos que tienen conexión con las cosas que se les ponen de manifiesto. Por ejemplo, el sordo-mudo *Massieu*, el elocuente discípulo de Sicard, ya le veis escribiendo con greda en aquella pizarra: no leís las palabras que acaba de escribir? *El hombre es como una flor que crece, abre su boton, y muere en una primavera...* El sabe muy bien que es un hombre, y que cada uno de nosotros tambien lo es, porque le han hecho percibir que la palabra *hombre* es comun á él y á nosotros: por eso escribe: el *hombre*. En cuanto á la flor, se la han presentado en boton y despues abierta, y ya veis al sordo-mudo escribiendo su pensamiento con tan bella expresion, como pudiera ejecutarlo el hombre mas discreto.

El sábio profesor del instituto, hizo sobre el arte de instruir á los sordo-mudos una disertacion tan perceptible, que acabó la esplicacion que nuestro padre de familia comenzaba á dar á sus hijos. *Massieu* hizo prodigios de razonamiento y de inteligencia, porque efectivamente se hallaba dotado de un ingenio brillante y profundo. Es cierto que no hablaba ni oia; pero sus ojos suplían la falta de los dos sentidos,

notándose que con la vista hablaba, oia y respondia; y los gestos espresivos de este jóven realizaban la natural viveza de sus afecciones.

—Admirad, les dijo Arleville á los muchachos, el ingenio, la caridad y paciencia del abate Sicard, sin el que estos infelices vivirian igualmente separados entre ellos como lo están de nosotros. Él les ha restituido una facultad que no les concedió la naturaleza; les ha dado nueva vida, enseñándolos á comunicar sus pensamientos, y á disfrutar por medio de la lectura y del escrito de las mejores poesías, á conocer la historia de todos los pueblos, sus guerras, sus pasiones, sus distintos gobiernos, etc.—Teneis mucha razon, padre mio, contestó Enrique, pero á pesar de eso, cuán desventurado no seria yo, si el cielo me hubiera hecho nacer como á estos desgraciados!—Y sus padres, añadió Cipriano, qué dolor no deben sufrir! viéndose con unos hijos privados del habla y del oido!—Cier-to, repuso el señor Arleville; en cuanto á mí, si yo hubiera tenido la desgracia de tener unos hijos parecidos á estos desdichados, nunca podria consolarme.

El abate Sicard se acercó á nuestros amigos diciéndoles:—Ya veo señores, que os ha enternecido el doloroso cuadro que teneis á la vista.—No hay duda, respondió Enrique, y estos muchachos, ¡ah! cuánto deben amaros!—Tengó

sobre sus padres una verdadera preferencia, y es que no pudiendo explicarles estos sus diversos pensamientos, tratan y comunican conmigo como yo lo hago con vosotros.—Y todos tienen padres?—La mayor parte. Sin embargo, aquí hay uno... su historia es muy curiosa! si quereis oirla pasaremos á mi cuarto.—Nos dareis mucho gusto en eso, respondió el señor Arleville; y el abate Sicard ordenó por señas que llamasen á Andrés. Era este un pequeño sordo-mudo que tendria diez años, del mas agradable aspecto que puede imaginarse. Llegó corriendo y abrazó á su preceptor, á su segundo padre; y el buen Sicard tománlole de la mano, le condujo con nuestros amigos á su cuarto, en el que, despues de sentados todos, hizo la relacion siguiente.

ANDRÉS

ó el pequeño Sordo-Mudo.

Veis á este niño tan hermoso y agraciado? no reparais en su dulzura y timidez? pues creo muy bien que nunca podriais adivinar la fortaleza de su ánimo y sobre todo su rara inteligencia. Ahora que ya sabe leer y escribir, no le costa-

ria mucha dificultad salir de la cruel situacion á que le redujo su desventurada suerte; mas es preciso confesar que necesitó de un poder sobrenatural para conseguirlo. Su historia es corta, y en pocas palabras voy á referírosla.

Andrés es hijo de un artesano de la ciudad de Marsella. Su pobre madre falleció de dolor al verse con un hijo tan maltratado por la naturaleza; y aunque su padre sobrevivió á esa mujer demasiado sensible, como le faltase trabajo, y ganase muy poco para dar al niño la educacion que su infeliz estado requería, murió tambien consumido de tristeza, dejando á este huerfanito de nueve años sin ninguna renta, y en el arrabal de una ciudad, privado de todo socorro humano. No pudiendo Andrés mirar con buenos ojos aquellos lugares que le recordaban á cada instante la irreparable pérdida que habia sufrido, hizo un pequeño lío de sus miserables ropas, y partió con la intencion de venir á Paris para entrar en este instituto, del cual le habia dado idea su padre por medio de signos; pero como se le hubiese acabado en el camino el poco dinero que tenia, y no sabiendo como gobernarse para mendigar de la compasion humana albergue y comida, se puso á llorar a'nargamente sentado á orillas de un sendero con el proyecto de dejarse fallecer de hambre. Ya veo, señores, que este fatal pro-

yecto os hace estremecer, y que os compadeceis del pobre muchacho que no pudiendo comunicar sus pensamientos, ni siendo útil á la sociedad, no le quedaba otro recurso que la muerte.

Entregado á la mas profunda melancolia, bañaban su rostro ardientes lágrimas, cuando acertó á pasar por allí un hombre á caballo, el cual observando su dolor se apeó, y comenzó á hacerle varias preguntas. No tardó en comprender que Andrés era sordo y mudo, que carecía de pan, que no tenia en donde albergarse, y que su intento era morir allí. Estuvo examinándolo un buen rato el extranjero, y abrazándolo despues, procuró darle á entender que deseaba ser su padre, y sacarle de la desgracia, en cuyo abismo le veia sumergido. Andrés, confiado y agradecido se arrojó á su cuello, manifestándole la alegría que le causaba, y expresándole que podia servirse de él como le pareciese. Era esto cabalmente lo que deseaba el pérfido Bromón, así se llamaba este malvado, el cual era un infame ratero, y proyectó habitar al niño á que robase del mismo modo con tanto menos recelo, quanto que no sabiendo Andrés escribir ni pudiendo hablar, ni oír, no le comprometeria nunca, y léjos de escitar alguna sospecha moveria á compasion. Llevólo, pues, consigo, vistiólo de nuevo; y en fin, le dió todo lo necesario. Luego que vió al muchacho ale-

gre, robusto y lleno de agradecimiento, quiso poner por obra sus abominables lecciones. Encerrado solo con él en el cuarto de una posada, lo primero que hizo fué meter la mano en una faltriguera de Andrés, y quitándole su pañuelo le insinuó que hiciese otro tanto. El muchacho, por un instituto natural de probidad, turbóse, y no quiso consentir en una accion tan fea; pero Bromón le amenazó con que le desnudaria y le plantaria en la calle privándole de cuanto le habia dado. Echó á llorar Andrés, y viendo el infame preceptor entrar á un chico de la posada, tuvo maña para quitarle un reloj á vista de nuestro sordo-mudo, que lleno de asombro y de timidez al mismo paso, no se atrevió á expresar por señas el efecto que hacia en su corazon tan grande malda. Volvió á quedar solo Bromón con el niño; hízole percibir que un mercader le daria dinero por el reloj que acababa de robar, y tomando un cuchillo le amenazó de muerte, si con sus gestos ó de otro cualquier modo le descubria.

No tenia el muchacho ninguna instruccion ni el menor conocimiento de nuestras leyes, de nuestras costumbres y convenciones sociales; pero clama en el corazon del hombre, aun de aquel á quien le faltan algunos sentidos, una voz irresistible que le advierte lo que es bueno y lo que es malo y esta voz se da sobre todo á

entender cuando se trata de hacer al prójimo lo que no quisiéramos para nosotros.

Comprendió mi sordo-mudo el género de industria del indigno maestro, y se llenó de horror, proponiéndose abandonarlo en la primera ocasion que se le presentase; pero siendo de tan corta edad, y por otra parte tan tímido, no era de maravillar que recelase verse asesinado por aquel hombre perverso; y dándole á entender con sus gestos, que nunca seria cómplice de sus maldades, le protestó al mismo tiempo que no revelaria sus défitos.

Robó aquel mismo dia el odioso Bromón unos cubiertos de plata en la posada, y condujo al muchacho á casa de cierto mercader de un pueblo cercano para que se los comprase, como en efecto lo hizo, entregando una buena cantidad de dinero al ladron, el cual enseñándose al muchacho, se reia fuertemente para que llegase á comprender las ventajas que le resultaban de aquel robo. Estremecióse Andrés nuevamente, y prometió salir de tan abominable compañía aquella misma noche, cuando Bromón estuviese dormido; pero estaba decretado que este monstruo le habia de sumergir en una desgracia inevitable que cualquiera otro muchacho á no ser sordo-mudo, hubiera previsto fácilmente.

Caminaba nuestro Andrés aquel dia por un bosque muy espeso con Bromón, y habian an-

dado ya mas de una hora sin encontrar á nadie, y cuando lo un pobre labrador, bastante viejo, montado en un mal borrigo, acertó á pasar junto á ellos. Tuvo el pérfido Bromón la osadía de acometer al anciano, diciéndole: "*La bolsa ó la vida.*" Creyó Andrés al principio que su amo y aquel buen viejo se conocian; y así los estuvo mirando un rato con mucho sosiego; pero cuál se quedó al ver que Bromón arrojaba de su jumento al desdichado labrador, y sacar despues un puñal con que le dió varias heridas... En vano quiere oponerse á este horrendo atentado, porque volviendo el puñal hácia su pecho el asesino, cobró tanto miedo, que cayó sin sentido al lado del mal herido viejo.

Volvió por fin en sí, y tendiendo la vista por todas partes, se asombró de ver que no parecia el malvado Bromón; examinó al labrador que acababa de espirar, y procuró darle algun socorro, aunque en vano. Sacó el puñal del cadáver del infeliz viajero, y abrazaba á este con intencion de levantarlo... pero en ese momento llegan allí muchos hombres armados y Bromón ¿quién lo creyera?... Bromón iba guiándolos. Horrorizóse de nuevo el desconsolado Andrés, y poco le faltó para volver á quedarse sin sentido. Para inteligencia de este lance debo decir, que cuando aquel malvado acababa de asesinar al anciano, sintió ruido de caballos, y

vió desde léjos una patrulla que venia por aquella misma parte. Temeroso de que le cogiesen consumando su horrendo sacrificio, corrió por uno y otro lado pálido y lleno de terror, mas viéndose alcanzado por la tropa, empezó á gritar:—Señores, acabo de ver á un pequeño bandolero, que acaba de dar de puñaladas á un desgraciado y anciano labrador, allí... allí á dos pasos de nosotros! Pasaba yo, cuando el infeliz exalaba el postrer aliento, y como el asesino rehúsa contestarme, corrí á buscarlos. Venid, venid, no sea que se nos escape.

Vióse Andrés rodeado de soldados, admirándose mas que amedrentándose, porque nada le remordia la conciencia: tenia todavía el cuchillo en la mano, estaban sus vestiduras teñidas de sangre, y en sus bolsillos el dinero y los papeles del muerto, que Bromón habia introducido en ellos, luego que oyó el ruido de gente armada. Arrestaron, pues, á nuestro muchacho; pero el jefe de la partida, hombre prudente, conociendo que era sordo y mudo, y habiendo advertido por otra parte la turbacion del acusador, le arrestó tambien, diciéndole que lo ejecutaba así para que pudiese declarar ante la justicia; pero que aquella misma noche recobraría su libertad. No alucinaron al perspicaz Bromón aquel pretesto y estas esperanzas; pero contando con la ineptitud del pobre acusado, y

seguro de que no podria comprometerle de viva voz ni por escrito, afectó una serenidad que no reinaba en su corazon.

El infeliz Andrés que no pudo responder á sus jueces, sino con gestos ininteligibles, fué sepultado en un oscuro calabozo. Demasiado bueno para tener idea de la atrocidad cometida por Bromón, y de la denuncia fulminada contra él, pensaba únicamente que le creian cómplice de este malvado; y aunque no dejada de conocer el grave peligro que le amagaba, cómo seria posible justificarse? Entonces fué cuando el desventurado se lamentó amargamente de la desgracia que le impedia hacer brillar su inocencia: solo podia pensar; pero qué tristes eran sus pensamientos!...

Entretanto, Bromón igualmente preso, sufrió varios interrogatorios; contradíjose en sus respuestas, y no pudo, ó por mejor decir, no quiso nombrar las posadas en donde se habia alojado; mas no obstante, fué reconocido por un mesonero á quien habia robado. Diversos testigos declaran contra él... ya le tenemos convicto de haber sido el homicida, y de haber echado la culpa al pobre sordo-mudo. El juez combina las circunstancias, calcula, examina y pesa los incidentes; le parece imposible que un muchacho de nueve años pudiese derribar de su balgadura, y asesinar al desgraciado labrador;

manda que Andrés comparezca, trátale con dulzura, pone todo esfuerzo en serenar su ánimo abatido; y alentado Andrés por aquella bondad, derrama abundantes lágrimas, señala al cielo como tomándole por testigo de su inocencia, espresa lo mejor que puede que Bromón es el verdadero reo, da á entender que ya vió á este hombre robando relojes y otras alhajas; y en fin, su muda elocuencia era tan persuasiva, que el juez quedó enteramente convencido de que no habia perpetrado el crimen porque se le acusa.

Al fin Bromón, confundido y anonadado al peso de los cargos que se le hacen y que le es imposible destruir, confiesa que encontró al pobre niño muerto de hambre, que sus intenciones fueron las de aleccionarlo en el crimen; pero que él se habia negado constantemente á sus funestos proyectos, etc.

El juez puso en libertad al sordo-mudo y lo llevó á su propia casa, tratóle como á hijo, y en fin, le vino acompañando á esta escuela que yo dirijo, donde le colocó, encargándome le cuidase con todo esmero. Ya lo estais viendo, señores, ahora lee y escribe como cualquiera, y él mismo ha recopilado esta historia que os enseñaré, si se lo pedís.

Acarició la familia de Arleville al sordo-mudo, y despidióse del abate Sicard, saliendo

de su instituto admirada de su habilidad y paciencia, y llena de afecto á sus interesantes discípulos.

Mientras el señor Arleville proporcionaba á sus hijos el tierno espectáculo de otros jóvenes de su edad maltratados por la naturaleza, que debian al arte y á las bondades de uno de los hombres mas útiles á la sociedad, algunos placeres de que se hubieran visto privados á no ser por el maravilloso invento de la instruccion de sordo-mudos, llevaba su digna esposa á las señoritas á que visitasen una escuela de hilar al torno, en la cual pudiesen presenciarse, viendo á otras de su sexo y edad, el cuadro de la actividad, del trabajo y de la emulacion.—Veis, hijas mias, las decia esta tierna madre, á esas niñas? Sus padres son muy pobres, y como no tienen los medios necesarios para educarlas y ponerlas en un oficio, la sabiduría del gobierno ha tomado bajo su proteccion á estas pobrecitas. Para eso les ofrece una escuela gratuita de trabajo donde las mantiene, premiándolas en proporcion de sus adelantos hasta que ya puedan ganar para vivir y ayudar al sustento de sus ancianos padres. Dad gracias al Todopoderoso que os ha concedido unos padres bastante bien acomodados, para que sin salir de casa, y sin tener que sujetaros á tareas tan penosas y de tan corta ganancia, podais ser bien educa-



das, y adquirir diferentes habilidades!... Pero si la suerte os hubiera hecho nacer en la clase de esas pobres jornaleras, es preciso confesar, que bendeciríais la mano paternal de un gobierno benéfico, que os proporcionaria los mismos arbitrios de vivir, por medio del trabajo.

En estas y otras visitas de mucha importancia para inculcar á los jóvenes de ambos sexos las verdades prácticas que mas les importa conocer, pasaban su tiempo en París los buenos habitantes de la Cartuja; pero dejémoslos que acaben sus negocios en la capital; y volviéndonos á este solitario y ameno albergue, procuraremos ver en qué se empleaban los que habian quedado en Roseville.

•DIA TREINTA Y DOS.

El esquilon quebrado de la parroquia del lugar está tocando á muerto, por el viejo viñador que habia fallecido la víspera. Este honrado anciano tenia cabalmente la misma edad que Filberto, y de consiguiente no dejó éste de sobresaltarse, viendo tan próxima su separacion de esta vida.—¡Oh abuelito! exclamó Antonio, corriendo hácia él con los brazos abiertos: la gente acude al meson, á ver á un hombre que viaja, exhibiendo muchas curiosidades, á un real por persona... Me parece que no es caro! —Pero ¡qué curiosidades son esas!—Oh! eso es lo que yo no sé... dicen que cuadros de Fantasmagoría, Fantastería, Muertos, aparecidos y